

NO ENTRE AQUÍ QUIEN NO AME LOS JARDINES

Santiago Beruete



«En el campo del universo recoges lo que siembras».
Proverbio persa

Una derrota gloriosa

Todo empieza en otra época y bajo otros cielos cuando el heredero al trono de Francia, Carlos VIII, que a la sazón contaba trece años, se dirigió hacia Italia a la cabeza de un ejército con el propósito de imponer los derechos dinásticos de la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles. El joven monarca no logró su objetivo, pues hubo de do-

blegarse ante la alianza formada por el Papa Alejandro VI, el emperador de la casa de los Austrias, Maximiliano I, y el duque de Milán, Ludovico Sforza el Moro. Al retirarse sin gloria ni honor de las tierras italianas, incorporó a su séquito a jardineros, fontaneros, botánicos y eruditos humanistas. Esa variopinta e insólita tropa sería la encargada de reproducir en su castillo de Amboise un jardín como el de Poggio Reale y otras villas napolitanas, cuya mé-

trica precisa, audacia formal y encanto sin parangón habían seducido al joven soberano. En una carta que dirige a su hermano, el duque de Borbón, deja un vivido testimonio del deslumbramiento que estos le habían causado: «... no podéis imaginar los bellos jardines que he visto en esta ciudad, porque, a fe mía, parece que solo falten Adán y Eva para hacer de ellos un paraíso terrenal, hasta ese grado son bellos y están llenos de toda clase de cosas buenas y singulares, como espero contaros cuando os vea».

Nápoles había conquistado a su conquistador; y cuando este cruce los Alpes, portará un botín más valioso que todas las riquezas del reino: la simiente del jardín renacentista. La idea de un espacio ordenado geométricamente y abierto al paisaje exterior cobrará en suelo galo un nuevo significado. Los parterres, los canales, las estatuas, los laberintos, los pabellones entre otros elementos de la tradición italiana se pondrán al servicio de una gramática del paisaje revolucionario. La original puesta en escena de estos dispositivos espaciales anticipa ya las suntuosas escenografías de los jardines formales franceses del siglo posterior.

El rey morirá antes de cumplir los veintiocho años por culpa de un accidente de caza, lo que le impedirá disfrutar de su sueño napolitano trasplantado al valle del Loira. Su sucesor Luis XII completará las obras del castillo de Amboise. Los grabados de Jacques Androuet Du Cerceau nos permiten hacernos una idea del esplendor de sus jardines. Por lo mismo que existen victorias pírricas, hay derrotas que, vistas desde la perspectiva de los años, resultan gloriosas.

Una belleza que alimenta

La distinción entre plantas ornamentales y comestibles no es solo arbitraria sino también confusa. Algunas de las hortalizas y frutas que más consumimos fueron consideradas antaño decorativas. Sin ir más lejos, el melón, la sandía o el tomate no se empezaron a ingerir como alimentos hasta finales del siglo XVIII, siendo más apreciados hasta entonces por su color y forma que por su sabor y valor nutritivo. Productos hortofrutícolas muy populares en la actualidad fueron en otro tiempo tenidos por exóticos. La patata era tan rara en las vísperas de la revolución francesa que Luis XVI se ponía su flor en el ojal de la levita.

El maíz, el girasol, el tabaco, el tomate o el pimiento, entre otras plantas amerindias, o la berenjena, de procedencia asiática, suscitaban curiosidad y desconfianza a partes iguales entre los europeos del Renacimiento, que fantaseaban sobre sus propiedades curativas y mágicas. Consideradas maravillas o prodigios de la naturaleza, estos vegetales se convirtieron en piezas de colección y fueron aclimatados en los jardines botánicos antes de abrirse paso hasta nuestras mesas. Por lo demás, nos sorprendería saber cuántas de las especies que consideramos autóctonas y representativas de nuestros territorios son oriundas de lugares remotos. Baste recordar que naranjos, limoneros y mandarinos fueron traídos desde el Extremo Oriente por los árabes, y que el ciprés es originario de Persia y el eucalipto, de Australia.

Y por lo que se refiere a sus cualidades estéticas, no hay razón alguna para pensar que el vivo follaje de los acantos es más precioso que el de las lechugas, que las flores de la alcaparra o el cebollino son menos delicadas que las caléndulas o los tulipanes, que las alubias desmerecen como trepadoras de los jazmines, por no hablar de las exuberantes formas y vistosos colores de la calabaza, el girasol o la zanahoria, cuyas cualidades plásticas no tienen nada que envidiar a los más primorosos arbustos. Las fronteras entre lo productivo y lo ornamental, entre lo funcional y lo artístico, entre lo comestible y lo decorativo no son ni claras ni inamovibles, como sucede en el jardín de Villandry, donde se pinta con verduras un paisaje excepcional. Su propietario, Joaquín Carvallo, desacreditó esa artificiosa distinción entre plantas de avituallamiento o despensa y de ornato o contemplación con estas palabras: «Un verdadero jardinero debe poseer los ojos de un pintor y de un decorador. No basta con cultivar hortalizas con cuidado. Se las debe ordenar según los colores y encuadrar con flores. Nada más simple ni más bello que un huerto».

Ironías del destino

Según la mitología griega, las Parcas trenzaban los destinos humanos. Podemos suponer que, en algunas raras ocasiones, sus hilos se enmarañan formando nudos difíciles de separar. Tal vez sea este el caso. Cómo explicar si no que alguien nacido en un pueblo de Extremadura en 1869 acabaría contrayendo matrimonio con una rica heredera norteamericana, para después convertirse jun-



to a su flamante esposa en propietario del por muchos considerado el más hermoso jardín de un país conocido por la belleza de sus jardines. Joaquín Carvalho, o Joachim como lo llamaron en Francia, llegó a París con poco más de treinta años, la carrera de medicina recién acabada en la Universidad Complutense de Madrid y más ambición que recursos para ampliar estudios junto al eminente

profesor Charles Richet, quien en 1913 obtendrá el Premio Nobel de Medicina por sus investigaciones sobre la anafilaxia. Se había convertido en uno de sus más prometedores alumnos cuando conoció en el laboratorio de su protector a una becaria llamada Ann Coleman proveniente de Lebanon (Pensilvania), que, como él, había venido a la Sorbona a especializarse en fisiología.

Joaquín, huérfano desde la adolescencia, había estudiado gracias a su tesón y a una modesta renta obtenida de la venta de una fábrica de harinas propiedad de sus padres y que compartía con sus tres hermanos. Ella, por el contrario, era la menor de trece hijos de un magnate de la siderurgia, que acababa de morir y del que había heredado una nada despreciable fortuna. Pese a sus diferentes trayectorias vitales, se cayeron en gracia y pronto cristalizó entre ellos un tierno afecto. Pero a las diferencias de clase y posición se añadían otros impedimentos no menos arduos de superar, pues ambos pertenecían a naciones enemigas. En 1898 Estados Unidos había declarado la guerra a España so pretexto del hundimiento del buque Maine en las costas de Cuba. Mientras se enzarzaban en acaloradas discusiones sobre el conflicto armado que enfrentaba desde hacía unos meses a sus países, no podían dejar de mirarse. Y el calor que irradiaba la controversia, calentaba su sangre y hacía latir sus corazones con una fuerza desconocida. Sin casi darse cuenta, pasaron de discutir a cortejarse. Esa incipiente relación sentimental probablemente no hubiera acabado en boda sin la mediación del doctor Richet, pues la resistencia de la familia de la novia a emparentar con un español era notoria. Por fortuna, las buenas artes de su protector y el rápido desenlace de la contienda, permitieron que la ceremonia se llevase a cabo.

El destino de Joaquín Carvallo siguió un rumbo inverso al de su país. Mientras este se hundía en la crisis tras la pérdida de Cuba, aquel salía de pobre y adquiría un estatus social inimaginable hacía bien poco. Esos esponsales de campanillas le reportaron de pronto fortuna y posición, lo que hubiera convertido a otra persona menos dotada y cabal en un ocioso engreído o un indolente nuevo rico. En su caso, liberarse del yugo del trabajo y nadar en la abundancia le permitió refundar su vida, hacer suya la causa del jardín renacentista y, como si hasta entonces hubiera estado esperando esa ocasión, dejar huella de su paso por este mundo como paisajista.

Un castillo de fábula

A su vuelta a Europa tras la boda, la pareja se instaló en París, donde nacieron los tres primeros hijos de los seis que tuvieron. Muy pronto su residencia se reveló insuficiente para acoger a una familia que crecía rápidamente y

albergar una colección de pintura española del siglo XVII en expansión. Buscando una casa más grande, barajaron la posibilidad de mudarse al campo. En esas estaban cuando descubrieron Villandry. En 1906 el matrimonio Carvallo-Coleman adquirió ese castillo, erigido en 1536 por Jean le Breton, ministro de finanzas de Francisco I, sobre una fortaleza del siglo XII conocida como Colombiers, por la suma de 120.000 francos a un anciano farmacéutico de la región, que, ironías del destino, moriría dos días después de firmar la escritura.

Aunque el *château* amenazaba ruina y los jardines no eran ni sombra de lo que habían sido, Villandry conservaba un aura poética y un encanto intemporal que sedujo a sus nuevos propietarios. Antes de que la familia Carvallo entrara a formar parte de su leyenda, este dominio había pasado por varias manos y tenido una historia no menos azarosa que sus nuevos propietarios. Los descendientes de Jean le Breton conservaron en su poder Villandry hasta 1754, año en que adquirió la propiedad el marqués de Castellane, embajador del rey y miembro de una muy ilustre familia provenzal. Su nuevo propietario remodeló el interior del castillo para adaptarlo a las exigencias de la nobleza del siglo XVIII, y construyó las dependencias de estilo clásico a ambos lados del patio de entrada. Ya en el siglo XIX, y tras pertenecer a Napoleón, el jardín renacentista se transformó en un parque paisajista, menos costoso de mantener y más acorde con los gustos estéticos de la época.

Dejando de lado una prometedor carrera como investigadores, Joaquín Carvallo y Ann Coleman consagraron todas sus energías vitales y su fortuna a devolver a Villandry su pasado esplendor. Lo que muchos juzgaron un pasajero capricho romántico, pronto se convirtió en una misión. Durante dieciocho años, de 1906 a 1924, dedicaron una ingente cantidad de recursos a restaurar el castillo, del que no se conservaban más que los cimientos y la torre del homenaje, y a reconstruir con un celo científico los jardines.

Un huerto ornamental

La guerra vuelve a inmiscuirse en la vida de los Carvallo-Coleman. Si la disputa entre España y Estados Unidos por Cuba había torcido el rumbo de sus destinos y los había unido, la Primera Guerra Mundial marcará el futuro del

castillo de Villandry. Este se convertirá en un hospital militar para atender a los heridos que llegaban del frente, y sus propietarios volverán a ejercer la medicina por última vez. Para dar de comer al creciente número de pacientes y al personal sanitario, optarán por sustituir las plantas ornamentales por otras comestibles y crear un huerto improvisado donde antes había habido un jardín de recreo. Al acabar la contienda, en lugar de retornar a su estado anterior las tierras de cultivo, construirán en la parte baja de la propiedad un jardín *potager*. Y sus parterres en *broderie* serán plantados con acelgas, coles, zanahorias, lombardas, puerros, remolachas, achicorias y hasta cuarenta variedades de hortalizas de vivos colores. A pesar de los prosaicos elementos que siguen componiendo ese cuadro vivo o tal vez por eso mismo, resulta imposible no rendirse a su anacrónico encanto. Villandry es lo más cerca del cielo que se puede estar en esta tierra. Si es que este existe, no debe de ser muy diferente de ese huerto humildemente señorial. Contemplar esos arriates de verduras ordenados con mano sabia no deja indiferente a nadie y explica a la perfección por qué muchas personas descreídas aún conservan la fe.

Inventando el jardín tal y como era

Más que una restauración, los jardines son una recreación de los existentes en su día en el dominio de Villandry. Los Carvallo tuvieron la inteligencia y la sensibilidad para interpretar con rigor científico los escasos vestigios de su trazado original (los muros semienterrados de las terrazas, las rampas de las escaleras y el rastro desdibujado de los tres ejes) y reinventar a partir de unas pocas pruebas documentales un jardín que respira autenticidad. Para conseguir remediar los estragos del tiempo y que Villandry renaciera sin traicionar su pasado, se inspiraron en la obra de Jacques Androuet du Cerceau. Este arquitecto y teórico del jardín francés es autor de *Les Plus Excellents Bâtimens de la France* (1576), un documento excepcional para

conocer las construcciones de su tiempo. Las planchas del libro recogen con todo lujo de detalles, entre otros, los planos de los castillos de Gallois, Amboise, Blois, Villandry y tantos otros dominios del Renacimiento francés, cuyos jardines fueron diseñados por el monje napolitano Pace-llo da Marcogliano. También consultaron los grabados de abadías benedictinas reunidos en el *Monasticon Gallicanum*. Tomando como guía esas ilustraciones y los tratados clásicos sobre el jardín francés de Olivier de Serres, Claude Mollet y Jacques Boyceau de la Barauderie inventaron los jardines de Villandry tal y como fueron.

Estos abarcan cinco hectáreas y están organizados en cuatro terrazas construidas en dos niveles con cuatro espacios diferenciados: el jardín ornamental consagrado a las diferentes manifestaciones del amor, el de agua alrededor de un estanque cuadrangular en el que desemboca el canal, el de la música con arriates podados en forma de liras, arpas y candelabros, el de simples con plantas medicinales y aromáticas, y el huerto ornamental con reminiscencias monacales, rodeado de un muro perimetral, que alberga nueve cuadros o arriates regulares en forma de cruz. Villandry es, tras Versalles, el jardín más visitado de Francia. Muy pocos de los cientos de miles de visitantes que recibe cada año saben que en su rehabilitación intervinieron dos paisajistas españoles, para más señas andaluces: Antonio Lozano y Javier Winthuysen, que dejaron su impronta en sus arriates de sabor morisco.

Esa ejemplar restauración marcará época y establecerá las directrices a seguir en futuras intervenciones de recuperación de jardines históricos. Tal vez porque Joaquín Carvallo había sabido reinventarse a sí mismo como paisajista, fue capaz de reproducir el encanto de los jardines originales creando algo nuevo. Buena prueba de que había asumido conscientemente su nueva vida es que, en 1924, fundó la Demeure Historique, la primera asociación que agrupaba a propietarios de ilustres residencias señoriales y que sirvió de germen para la creación de una de las más famosas rutas turísticas europeas: *Les châteaux de la Loire*. ■ ■